

Por lo demás—observa Serge Podolinski—las aves carnívoras que no se ven obligadas a la soledad por la extensión de sus necesidades, se complacen bien en la sociedad de sus semejantes. Los *falco rufipes* y los *falco tinunculus*, no sólo construyen numerosos nidos cerca unos de otros y se defienden en sociedad contra sus enemigos, sino que además tienen un sentimiento de sociabilidad bastante desarrollado para hallar placer en verse frecuentemente con sus semejantes. «Reúnense todas las tardes en numerosos grupos en las regiones elevadas de la atmósfera, y durante una hora o más describen grandes círculos, no con objeto de buscar una presa, sino evidentemente por puro instinto de sociabilidad.»

Claro es que no pueden llegar al grado de afectuosidad de los granívoros y de los insectívoros, porque sus cualidades destructoras desarrollan demasiado exclusivamente en ellos los instintos feroces.

Mucho más morales son naturalmente las asociaciones de relación de carácter permanente.

Mencionemos sobre este asunto la asociación de los mamíferos poligámicos (perros, toros, caballos salvajes, elefantes, llamas y diversas especies de rumiantes).

Esta forma de asociación adquiere verdaderamente carácter social con los monos, cuyas costumbres comprenden las combinaciones del concurso mental, de la solidaridad entre todos, a veces hasta del sacrificio por un débil. «Los monos—dice Espinas—se libran recíprocamente de los insectos que se cobijan en su piel; después de una carrera entre zarzales se quitan unos a otros las espinas; forman una cadena para franquear el espacio entre dos árboles; únense varios en caso necesario para levantar una piedra demasiado pesada; los adultos defienden instintivamente a todos los pequeños, cuya educación es muy larga. Cuando entre los ouistitis reunidos en cautiverio cae uno de ellos enfermo, los

otros forman círculo en su rededor y es verdaderamente conmovedor ver cómo le prodigan sus cuidados.»

«Una gran águila—dice Brehm—atacó a un pequeño cercopiteco; toda la banda acudió rápidamente a su defensa, y en menos de un minuto el águila se vió rodeada de una masa de grandes monos que se lanzaron contra el agresor con gestos horribles y grandes gritos, obligándole a soltar su presa y viéndose cruelmente mordido y con dificultad de escapar.»

Darwin, en el *Origen de las especies*, cita entre otros hechos el heroísmo de un chimpancé que, casi bajo los colmillos de una jauría ladradora, tomó y se llevó en triunfo, con peligro de su vida, un pequeño mono que rodó entre las rocas y se hallaba en peligro de ser despedazado.

Gracias a esas aptitudes sociales, ciertos antropoides han podido hacerse respetar del leopardo, del león y del hombre mismo mientras no tuvo a su disposición las armas de fuego.

Por su mímica y por sus diversas entonaciones, casi se elevan hasta la palabra; entre ellos la madre suele ser más amable, más abnegada que la mujer salvaje, y para sentir la pérdida del ser querido se elevan hasta la nobleza del dolor y de las lágrimas.

Entre los articulados superiores, abejas y hormigas, hallamos sociedades, no sólo superiores (así puede decirse) en moralidad social a las de los antropoides, sino también a ciertas sociedades humanas bastante desarrolladas.

Las abejas trabajan, economizan en común, consumen en común durante la mala estación; en una palabra, ponen en práctica, y les va bien, la divisa comunista: «De cada uno según sus fuerzas; a cada uno según sus necesidades.»

Las costumbres de esos himenópteros son demasiado conocidas para que sea necesario detallarlas aquí, limitándonos a decir que obtienen de la asociación y de la división del trabajo todo cuanto pueden dar; que tienen